

# Cuerpos con memoria, ojos que los miran

*Patricia Fajer Camus*

Desde que el olvido se ha convertido en un defecto de la humanidad y la memoria ha pasado al plano de la virtud, el hombre ha buscado encontrar las diferentes maneras y herramientas para que su recolección se convierta en el proceso último de sus vivencias y de su conocimiento. La memoria ha sido y seguirá siendo considerada como una de las capacidades más importantes y más valoradas del ser humano.

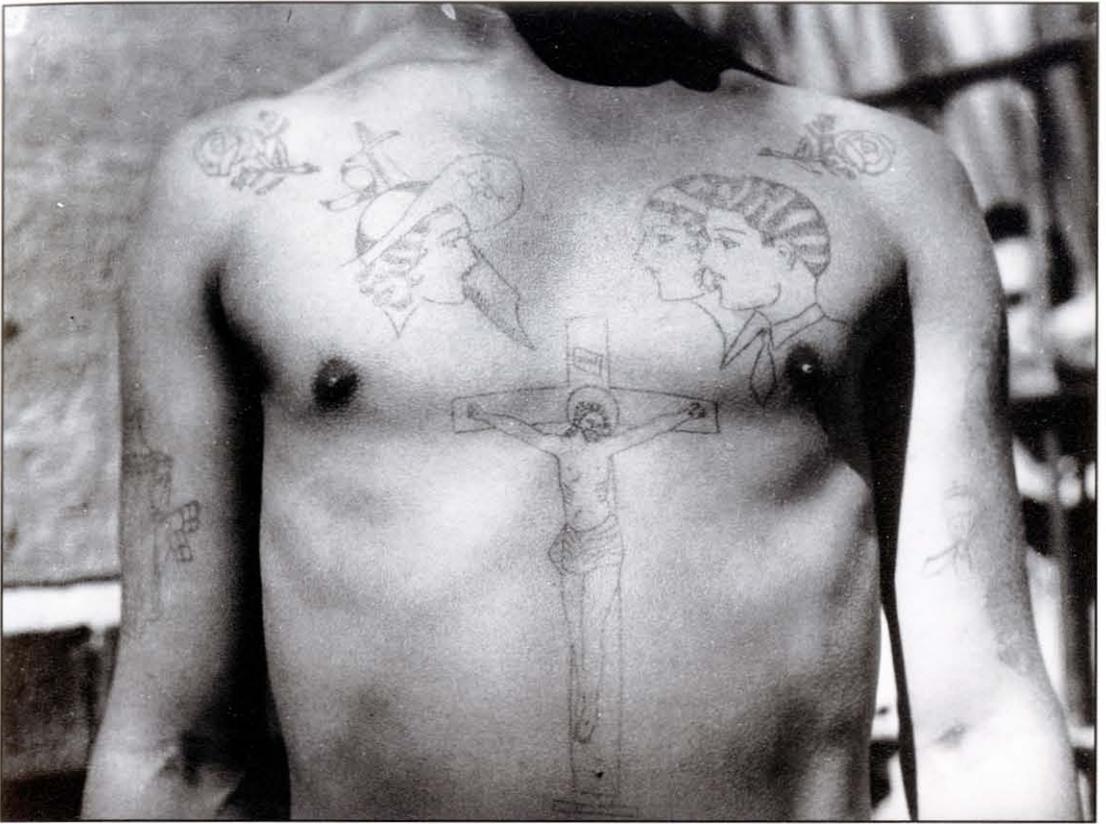
Con el tiempo las técnicas de memoria y memorización han cambiado, pero la idea de que la imagen es la mnemotecnia más segura de todas sigue presente hasta nuestros días: con la imagen viene el recuerdo y se desliza el olvido. Tal noción ha dado como resultado la pintura, la escritura, la fotografía y hasta el tatuaje por mencionar sólo las que aquí interesan. Así, deslizar la memoria de la imagen sería un error innegable, un error que comenzaría con la defectuosa percepción de la importancia de la imagen. Aquél que busca recordar encuentra una imagen, ya sea en su memoria, en su cuerpo o en un papel. Este es el caso de un hombre que, no queriendo olvidar, usa el tatuaje como modelo de recolección; por medio de su cuerpo tatuado busca recordar su vida, lo que desprecia, lo que ama, lo que lo hace él.

El tatuaje es una memoria que usa el cuerpo como texto, es una técnica que no busca contar su historia sino recordársela al cuerpo mismo, mientras al mismo tiempo deja la posibilidad de que aquel ojo que lo mira desde lejos construya una historia propia; y así, también encontramos el ojo de un fotógrafo que no busca interpretarlo sino cicatrizar un papel. Entonces se presenta un hombre que deja que su cuerpo

le hable al otro, un hombre que vive en constante recuerdo; pero también hay otro hombre que busca que cada ojo vea en ese preso (cuerpo, imagen, papel, fotografía) una historia personal.

Una historia que contar y otras que interpretar. Cada ojo ve en los dos textos historias personales que dejan ver su alma y que obligan a recordar. Existe una conexión entre el cuerpo, la memoria y la imagen, y así mi ojo me busca en ese cuerpo y encuentra su historia en mi memoria.

Veo un cuerpo que busca la semejanza de la corporalidad divina (el cuerpo de Cristo en un preso): un hombre delgado, con las costillas marcadas pero con una definición muscular suficiente; no demasiado fuerte pero tampoco demasiado delgado. Ambos cuerpos llenos de cicatrices que hablan de su vida; una vida llena de sufrimiento que los ha llevado al castigo y a la humillación por sus prójimos. Cicatrices, no importa de qué tipo, intencionadas o no intencionadas: resultado de la tinta de una punta que va sumergiéndose en los poros, dejando un colorido con forma o el resultado de espinas que se van introduciendo cada vez más profundamente en la cabeza hasta formar una corona imborrable en la frente; cicatrices hechas por punzones, látigos, lanzas o clavos; al fin y al cabo cicatrices que tienen memoria, que buscan hablar con el cuerpo que las posee y con el ojo que las mira. Ambos cuerpos no cambiarían sus memorias corporales por nada, ambos cuerpos quieren recordar sus sufrimiento y su historia que los ha hecho más humanos, que les ha recordado que para ser hombre hay que tener una conexión entre el cuerpo, el alma y la memoria.



Fondo Casasola, *Delincuente con tatuaje*, ca. 1940. Sinafo-IBAH, núm. de inv. 24370

Cuerpos-textos hablan de su tiempo: así como la imagen de Cristo crucificado tiene simbolismos que son representativos de su época como un paño, una cruz, una insignia que hablan de la persecución del cristianismo, de la división cultural y moral de una determinada era, de una sociedad que castigaba con la muerte lenta y dolorosa como ejemplos para el observador; así el cuerpo tatuado también nos habla de un tiempo determinado, de una sociedad y de un modo de vida. De una necesidad de romper con cánones morales y sociales, de una sociedad que busca castigar con el encierro como ejemplo para el otro, una sociedad en donde la división racial y de género son elementos importantes de la supervivencia del más fuerte. Hablan de un tiempo y de una historia, de su tiempo y de

su historia. Y en un tercer plano la hoja de papel impregnada con imagen busca lo mismo; tres planos de una misma necesidad: recordar para conocer. Dos cuerpos que han buscado el amor y a cambio han encontrado el odio de sus semejantes, un ojo que ha querido dejar una cicatriz en un papel que hable de las marcas de los hombres que buscan hablar con el cuerpo. Pero al final existen otros planos que seguirán significando: un ojo que busca escribir en un papel sobre la memoria de los cuerpos impregnados en una foto, un lector que busca entender lo que se dice de aquella foto que habla de un cuerpo con memoria; y así se sigue para no poder hablar jamás de una interpretación última o verdadera, sólo de la memoria de cada uno de nosotros que se encuentra en los símbolos.